

Hegemonía y clamor popular

“...y andamos sin brújula y caminos”.

Frente a la hegemonía, a la imposición, a la ley del más fuerte, la palabra. Miles, millones de voces, por primera vez audibles, al final irremediablemente escuchadas. Por primera vez, los pueblos en el escenario. Hasta ahora, la historia se ha escrito con la “p” de poder: político, militar, ideológico, religioso, mediático, económico, De vez en cuando, algún episodio revolucionario demostraba hasta qué punto la anomia, el vasallaje y la sumisión favorecían acciones, normalmente fugaces, que trataban de quebrar la linealidad histórica del dominio de unos pocos a favor de la mayoría.

Han sido los Estados Unidos, después de las dos guerras mundiales del siglo XX, los que han liderado el multilateralismo, con el fin de sustituir la oligarquía por la democracia a escala global, intentando que, por fin, la historia comenzara a escribirse con la “p” de pueblo. En 1918, el Presidente Woodrow Wilson horrorizado por la devastación europea, por la barbarie y la muerte, proclama la sustitución de la cultura de guerra por un nuevo orden basado “en el dominio de la ley fundada en el consentimiento de los gobernados y apoyada por la opinión organizada de la humanidad”. “Hay que sustituir la voluntad de los líderes por la voluntad del pueblo”, mantiene resueltamente en su iniciativa de fundar la Liga de Naciones, para asegurar un futuro distinto al de los horribles acontecimientos que se acababan de vivir. “Paz para siempre”, proclama. Pero, una vez más, lo urgente prevalece sobre lo importante, y los requerimientos de la paz inmediata sobre el Convenio que defendía el Presidente norteamericano. De nuevo el presente se

impone al futuro, los Estados a sus ciudadanos, la maquinaria de la guerra a la construcción de la paz, los intereses de unos cuantos países a los comunes. “Si quieres la paz, prepara la guerra”, repiten una y otra vez, en todos los ámbitos, los portavoces de las grandes empresas industriales bélicas. Poco a poco, los ideales retroceden y el triunfo de los “realistas” dibuja ya sobre el horizonte la imagen siniestra de otra gran conflagración, porque los caldos de cultivo, las raíces, las semillas del conflicto no se han alterado.

Es de nuevo Norteamérica, al término de la Segunda Gran Guerra, la que se sitúa en la vanguardia - con el espanto en la mente y en los ojos por la destrucción, el genocidio, las prácticas más abominables de exterminio -, de una solución multipolar (“¿Quién, si no todos?”), que podría encauzar definitivamente el porvenir de la humanidad. Franklin y Eleanor Roosevelt no sólo contribuyen en primera línea a la fundación de las Naciones Unidas en San Francisco sino que –ya fallecido el Presidente – se dota al conjunto del sistema de unos puntos de referencia éticos: el día 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General aprueba la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Y, unos años más tarde, se pone en marcha el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, porque es evidente que para reducir las asimetrías económicas y los desgarros que producen en el tejido social a escala mundial, es indispensable compartir mejor los bienes materiales, el conocimiento y la innovación tecnológica. En el mes de octubre de 1974, las Naciones Unidas deciden que los países más avanzados deberán contribuir al desarrollo endógeno de los menos favorecidos con el 0.7 % de su producto interior. No obstante, de nuevo, poco a poco, la guerra fría y la carrera de armamentos que conlleva, no sólo relegan a un segundo plano la gran misión de las Naciones Unidas –“Nosotros,

los pueblos, hemos decidido evitar a nuestros hijos el horror de la guerra”- sino que tergiversan sus competencias y debilitan los propios pilares sobre los que se asientan.

En el mes de noviembre de 1989, al celebrarse el segundo centenario de la Revolución Francesa, el telón de acero se desvanece y el muro de Berlín se derrumba sin estrépito, sin una sola gota de sangre, con el protagonismo destacado de una figura clave en la historia contemporánea: Mijhail Seryevitch Gorvachev. Parece llegado el momento, tan anhelado, de los “dividendos de la paz” y del reforzamiento de las Naciones Unidas como un gran marco ético-jurídico a escala supranacional. Sin embargo, el fin de la Guerra Fría no va acompañado de un tercer intento de multipolaridad y de una gobernanza mundial orientada por valores universalmente aceptados. Bajo las alas inmensas de los Estados Unidos se alberga una plutocracia – que pronto se transformará en hegemonía – orientada, como corresponde, por intereses comerciales que protegen celosamente, además del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (que hace ya muchos lustros dejaron de cumplir las funciones que se les encomendaron en Bretón Woods) una nueva Organización creada fuera del sistema de las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio. Las diferencias que separan a los países ricos de los pobres no cesan de aumentar, se incumplen las promesas de subvenciones para el desarrollo endógeno, que se sustituyen por préstamos concedidos en condiciones draconianas, al mismo tiempo que muchos Estados pierden el peso que ganan grandes corporaciones supranacionales, creciendo la confusión, la radicalización y el desconcierto a medida que nos acercamos al fin del siglo XX, y a pesar de los esfuerzos de las Naciones Unidas para aportar puntos de referencia, en grandes

“Cumbres” mundiales, en materia de educación (1990), medio ambiente (1992), desarrollo social (1995), etc.

Lo más grave, en mi opinión, de estos años oscuros de la historia reciente, es que se ha sustituido el valor moral de las distintas ideologías por el mercado. Los catalanes sabemos muy bien que el mercado está formado por mercaderes y que se rige por el mayor beneficio posible en el menor tiempo posible. Los favorables resultados que durante la primera mitad de los noventa origina esta política para los países más industrializados es tan notorio que, en su apogeo, en el mes de mayo de 1966, llega a proclamarse en los Estados Unidos que la solución no es sólo la economía de mercado si no “la sociedad de mercado”, la “democracia de mercado”!. Recuerdo la consternación que produjeron estas manifestaciones en la reunión de ministros de educación de América Latina y el Caribe que, convocada por la UNESCO, se estaba celebrando en Kingston, Jamaica, por aquellos días. Los encargados de “construir los baluartes de la paz en la mente de los hombres”, contemplaban , indefensos, conmovidos, cómo el liderazgo mundial se alejaba cada día más del sistema de las Naciones Unidas, de los pueblos. Veía disminuir la cooperación internacional y aumentar la explotación y el colonialismo tecnológico. Y la transformación de los monopolios públicos en privados. Y la uniformización cultural. Y la insensibilidad ecológica. Veían a Huntington alertar sobre la confrontación de las civilizaciones cristiana e islámica. Y a Fukoyama airear el fin de la historia, cuando la inmensa mayoría de los seres humanos pensaban, precisamente, que en 1989 empezaría una nueva historia, la historia de la humanidad tantos siglos esperada, la historia de la palabra y no de la espada, del diálogo y no de la fuerza, de la conciliación y no del conflicto.

Las condiciones inhumanas de vida que favorecen grandes flujos emigratorios de personas desesperadas, los caldos de cultivo de la radicalización y desamparo que contribuyen a explicar – aunque nunca justifiquen – brotes de violencia, no cesan de empeorar con la aplicación de unas “pautas de crecimiento” que empobrecen a países que podrían ser razonablemente prósperos y conducen a situaciones críticas, potenciales focos de violencia.

Surge el terrorismo suicida y todo el mundo, con la excepción de algunos desalmados y dementes, se sitúa inequívocamente al lado del gigante herido, al lado de las víctimas, al lado de la vida. Los atentados del 11 de septiembre cambian radicalmente los supuestos de las confrontaciones bélicas tradicionales y exigen un replanteamiento de los servicios de inteligencia y de la tecnología para la seguridad y estabilidad, considerablemente distintos a los de la maquinaria militar habitual. Era el momento del multilateralismo, de la refundación de las Naciones Unidas, de una globalización real de la asistencia a todos los pueblos, de tal forma que, todos juntos, se aislara a los extremistas de toda índole, se culminaran los procesos de paz en marcha y, en particular, el de Oriente Próximo, y las fuerzas “azules” de las Naciones Unidas hicieran acto de presencia, con todos los efectivos necesarios, en todos aquellos lugares en que los “señores de la guerra” seguían acampando a sus anchas, al tiempo que se abordaba, con los mecanismos punitivos y las pautas legales apropiadas, la impunidad de las mafias que, a escala internacional, trafican con armas, capitales, drogas, personas... . Era el momento.

La rápida reacción de represalia en Afganistán se interpretó, en general, como inevitable. Pero, después, el tratamiento a los prisioneros recluidos en Guantánamo, los esfuerzos para esquivar la competencia universal de los tribunales internacionales, la invasión de Irak, como una guerra “preventiva” en contra de la resolución del Consejo de Seguridad y, sobre todo, de la voz de más de cien millones de personas que, pacíficamente, en todo el mundo, expresaban su disenso, pusieron de manifiesto la hegemonía polimórfica que, sin el menor recato, se aplicaba por la gran potencia americana. Más adelante, el descubrimiento de la falsedad de los motivos aducidos para la iniciación de la guerra; y de las torturas... y un largo y macabro etcétera. El unilateralismo ha demostrado - a qué precio! - su ineficacia. No se objetan los propósitos – derrocar a los dictadores y favorecer la democracia, evitar la diseminación de armas nucleares, reducir en toda la medida de lo posible la inseguridad y la violencia – pero sí la forma de ponerlos en práctica. Esta es una labor de todos, no de unos cuantos. Sobre todo, no de uno solo. Es fortaleciendo las instituciones internacionales y no utilizándolas en determinados momentos o desdeñándolas en otros como podrían alcanzarse. En 1999, siendo Director General de la UNESCO, condené la invasión de Kosovo porque algunos países, aunque pudieran tener razón, se tomaban la justicia por su cuenta. Era un precedente muy peligroso, porque relegaba las Naciones Unidas a una agencia de legitimación “a posteriori”, para el mantenimiento de la paz y acción humanitaria, en lugar de conferirle toda la autoridad que la Carta de las Naciones Unidas reconoce para evitar la guerra.

Hace unos días, el Consejo de Seguridad ha aprobado por unanimidad una Resolución que pretende promover la “normalización” de la vida

iraquí, sin que – como pretenden estentóreamente los partidarios de la intervención militar - se haya legitimado la invasión “preventiva” ni se haya modificado un ápice, en términos reales, el control del poder militar y económico. De forma casi inmediata se anuncia, sin que se produzca la reacción que cabría esperar, que el nuevo gobierno “democrático” iraquí restablecerá la pena de muerte!. Unas horas más tarde, en Sea Island (estado de Georgia, en Estados Unidos), los líderes del G-8 decidían sobre el futuro mundial en el más estricto estilo oligárquico: éste es el nuevo presidente de Irak; ésta es la política que vamos a seguir en Oriente Próximo, estos son los soldados que vamos a entrenar para África... . Los miembros del G-8 han manifestado, en último lugar - enésima declaración en este sentido - que lucharán contra la pobreza (¡a base de asegurar transformaciones internas que promuevan el establecimiento de empresas foráneas!) y el Sida; y que favorecerán misiones de paz... .

La acción frente al ataque terrorista en lugar de acalmar ha exacerbado al mundo árabe. El extremismo de cualquier índole es lo contrario a la educación, a la moderación que implica, a la capacidad de escucha y de diálogo. Se ha pretendido que se trataba de un enfrentamiento entre el “occidente cristiano” y el islam. No es cierto. El Vaticano ha sido el primero en condenar y reiterar su completa disconformidad con el conflicto iraquí y, además, cuando se analiza con cuidado resulta que el poder real (mediático, industrial, económico) no se halla en manos cristianas ni islámicas.

Se sigue mirando hacia otra parte, haciendo la “vista gorda” con el gran problema al que hay que hacer frente en primer lugar: la situación entre Israel y Palestina, las causas que han originado la segunda “Intifada” y

las medidas inmediatas que deben evitar los “asesinatos selectivos” y acciones militares de un lado, y los actos de terrorismo con inmolaciones aterradoras y terribles, de otro. No podemos conocer sólo los efectos e ignorar las causas que empujan a recurrir a la violencia. La lucha contra el terrorismo requiere, como antes apuntaba, un gran esfuerzo de adaptación de los medios y de las fuerzas de seguridad, con una eficaz colaboración internacional en la información y la acción antiterrorista. Y, no olvidarlo nunca, el desarrollo económico y social.

Cada día que pasa es más evidente que, como reza la frase acuñada en Porto Alegre, “otro mundo es posible”. El mundo de la participación de los ciudadanos para vigorizar las democracias a escala local, regional y mundial; el mundo en el que las grandes instituciones intelectuales – universidades, centros de investigación, asociaciones de profesores, artistas, literatos...- sientan el apremio moral de Garcilaso cuando escribe: “Yo que callar ya no podía”, y ofrezcan a la sociedad, con su capacidad multidisciplinar y prospectiva, los elementos necesarios para la anticipación, para las medidas preventivas, que constituyen la mayor victoria; el mundo de la palabra, de los parlamentos inspirados en unos principios éticos intransitorios... . Delito de silencio. Clamor popular: irrupción pacífica del pueblo, de todos los pueblos y culturas, en el escenario global para que, en los albores de siglo y de milenio, se inicie la “humanización de la humanidad”, el reconocimiento de la igualdad, libertad y fraternidad como cimiento y pilares de un mundo nuevo, en el que las democracias no sólo cuenten a los ciudadanos con motivo de comicios o de encuestas sino que los tengan en cuenta. En el que el poder esté a la escucha de la voz del pueblo, que en esto consiste la democracia y no en la imposición de modelos “prêt a porter” . Clamor popular para unas Naciones Unidas que se ocupen de las grandes

dimensiones del auténtico progreso: el desarrollo económico y social; el medio ambiente; la cultura; los valores universales. Unas instituciones que, como reza la Constitución de la UNESCO, practiquen la “solidaridad intelectual y moral de la humanidad”. Que vuelvan a sus funciones originales el Banco Mundial “de la reconstrucción y el desarrollo” y el FMI. Que se reconduzca la misión encomendada a la OMC. Y que sepan estas instituciones que, más pronto que tarde, no van actuar como hasta ahora, sumisas, al dictado de sus administradores, los países más poderosos de la tierra. Deberán recordar la lección del “Titanic” y rectificar sus rumbos porque, de otro modo, la firmeza de la voluntad popular que sabe que la solución se halla no en el poder de unos pocos sino en la sabiduría de muchos, les acabará llevando hacia otros puertos.

En este otro mundo posible que anhelamos, aparecen unos nuevos actores que pueden llegar a jugar un papel decisivo: las ciudades, los consejos municipales, la capacidad de escucha y la adopción de medidas adecuadas de quienes se hallan más cerca de los ciudadanos, de sus culturas, de sus lenguas, de sus identidades. Debemos evitar, muy particularmente, que se generen y consoliden sentimientos antinorteamericanos o contra cualquier otro pueblo, ya que no es en relación a ellos sino a sus líderes en un momento dado, que distorsionan la realidad y manipulan la información, a los que debe dirigirse la fuerza de evolución, no de revolución, del clamor popular.

La Unión Europea debe favorecer en primer lugar este cambio de trayectoria, el hallazgo o invención de los nuevos derroteros. “Las corrientes profundas parecen apuntar a una Europa más fuerte y a unos Estados Unidos más prudentes”, ha escrito recientemente Darío

Valcárcel. Ojalá se cumpla su predicción segunda. En cuanto a la primera, la fuerza de Europa radica en su diversidad, en la pluralidad de sus lenguas y culturas – algunas extraordinariamente difundidas en el mundo – en su capacidad creadora, en su inmensa potencia intelectual y espiritual. Por ello no puede seguir permitiendo la “deslocalización” de sus talentos, el éxodo hacia los Estados Unidos de sus mejores científicos. Si, como se ha decidido en la Cumbre de Lisboa del año 2000, Europa debe ser el “líder de la economía basada en el conocimiento” para el año 2010, debe volver sus ojos hacia la cultura y la ciencia, con el fin de detener esta emigración del más alto nivel académico y profesional y acreditar, por el número de patentes, su determinación en la aportación, el uso y aplicación del conocimiento.

Pero, no nos engañemos, no puede haber universidades y centros de investigación excelentes sin profesores y científicos cuya excelencia esté debidamente demostrada. Como establece el artículo 26.1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, “todos tendrán acceso a la universidad, en función de su mérito”. Hasta que Europa no tenga la visión y el coraje de abordar como corresponde la incorporación del profesorado y de sus científicos, no podrán obtenerse los resultados apetecidos que, como acabamos de indicar, no sólo son importantes desde un punto de vista de formación y de anticipación preventiva, puesto que las universidades deben ser como unas torres de vigía, sino también desde un punto de vista de competitividad comercial y desarrollo económico, guiados por principios reconocidos universalmente.

Buena parte de los problemas de fondo, a los que tenemos que hacer frente hoy, a escala local y mundial, se deben a la falta de puntos de

referencia, a la ausencia de brújulas adecuadas, a la transferencia de responsabilidades, a la visión miope, a confundir –cosa de necios, según D. Antonio Machado - valor y precio. En la reunión celebrada recientemente en Alejandría, organizada por la Academia de la Latinidad sobre “Hegemonía y civilización del miedo” se estudió con detalle el proceso de desconfianza generalizada, la incitación a la sospecha y el recelo. La memoria colectiva y los hábitos de conducta se desvanecen y se modifican por la influencia del poder mediático, y la gente discurre, aturdida y confusa, por los “amplísimos caminos del miedo”, como escribiera Salvador Espriu. Es imperativo reaccionar y lograr la participación y el clamor popular a través de la educación para la libertad y la paz, para la ciudadanía mundial, para “dirigir con sentido la propia vida”, en definición de Giner de los Ríos, sin dejarse influir ni amedrentar. Educación para ayudar a superar el recelo, la confusión, el deseo de venganza.

El día 15 de febrero del año 2003 ha sido un momento especialmente relevante para esta inflexión, esta metamorfosis que puede cimentar un mundo nuevo. Que nadie guarde ya silencio. Que los medios de comunicación sean los grandes aliados del establecimiento de democracias genuinas a escala nacional e internacional, que es nuestro gran horizonte de esperanza. Hasta ahora, la historia ha sido en buena medida una sucesión de batallas, de sucesos relacionados con el poder, de la lucha por el predominio. El siglo XXI ha de ser, por fin, el siglo de la gente. Un siglo en el que todos cuenten. Todos participen. El siglo, ya era hora, de la democracia mundial.

Siglo de los ciudadanos no dirigidos por los susurros de los omnímodos y omnipresentes mensajes de los más poderosos, sino por sus propios

pareceres, con una conducta que los refleje, cada día renovada, cada día fortalecida por el intercambio y el diálogo. Cambio radical desde una cultura de guerra y de fuerza a una cultura de paz, diálogo y de entendimiento, donde no sólo se salvaguarde sino que se fomente la diversidad cultural. Esta diversidad es la fuerza de la condición humana. Su unión alrededor de unos grandes principios universales es su fuerza. Es difícil apreciar lo que tenemos y observar lo que vemos cada día. La educación liberadora debe ser capaz de superar la inercia, la rutina, la monotonía. Ciudadanos conscientes, que expresen sus puntos de vista. En esto consiste la educación. Y la democracia. No es limitando la democracia cautelarmente como se lucha y vence. Es aplicándola, reforzándola, haciéndola popular. Convirtiéndola en la voz del pueblo, en el clamor del pueblo.

Federico Mayor Zaragoza
Presidente Fundación Cultura de Paz
Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid
Junio, 2004